

bocaban de Vitoria á su espalda. Muy oportunamente habia mantenido de reserva, á alguna distancia de los tres puentes, la brigada de Fririon compuesta del 2.º de ligeros y del 36.º de línea y además de muchos regimientos de caballería. Inmediatamente ordeno que se replegaran en buen órden hácia Salvatierra al general Sarrut, que defendia el puente de Arriaga, al general Lamartinière, que sustentaba el de Gamarra-Mayor, y al general Casalpaccia, que guardaba con algunos centenares de hombres del 3.º de línea y con los españoles el de Durana, mientras personalmente venia á las manos con los ingleses procedentes de Vitoria. El general Sarrut fué muerto defendiendo el puente de Arriaga. Le reemplazó el general Menne, que fué asaltado una vez y otra, sin que se rompieran sus filas. El general Lamartinière opuso una calma y una energía singulares al empuje del enemigo victorioso. Entretanto el general Reille, que se afanaba por cubrirlos á todos hácia la parte de Vitoria, recibió de plano el choque de la caballería inglesa; pero la contuvo con los dragones de Digeon, de Tilly, de Mermet, y logró proteger la retirada de su cuerpo de ejército hasta Betono. Allí habia un bosque, y metiéndose por su espesura, le fué dado andar en seguridad parte del camino que conducia al de la capital de Navarra, girando por detrás de Vitoria. A la salida del bosque se descubrió un grueso cuerpo de caballería en espera. El general Reille hizo que le cargaran el regimiento 3.º de húsares y el 15.º de dragones, y acto continuo marchó á toda prisa hácia la aldea de Arbuló. De muerte nos persiguió la caballería enemiga. Con el regimiento 2.º de ligeros y el 36.º de

línea de la brigada de Fririon, formóse el general Reille delante de la aldea, para dar tiempo á que desfilase el resto de su cuerpo de tropas. Acometido por los numerosos escuadrones ingleses, recibiólos en cuadro, y cubrió de cadáveres el terreno. Habiendo ya desfilado todas sus tropas, cruzó la aldea personalmente, y así ganó sano y salvo el camino de Salvatierra, adonde se precipitaban los diversos cuerpos de nuestro ejército y toda la cola del vasto convoy, que tan laboriosamente habíamos llevado de Madrid á Vitoria.

En esta fatal jornada tuvimos alrededor de cinco mil muertos y heridos, y casi fueron iguales las pérdidas de los ingleses; pero entre soldados sueltos, criados y fugitivos dejamos prisioneros de mil quinientos á mil ochocientos hombres: además perdimos doscientas bocas de fuego, no en línea, sino abandonadas á causa de no haber camino para conducir las, cuatrocientas arcas de municiones, é infinito número de carros y de bagages. Ni aun pudo José salvar su propio coche, que contenia todos sus papeles.

Naturalmente se preguntará donde estaba ahora el general Clausel con los quince mil hombres que hubiera podido traer á este punto, qué se hacia el general Foy, el cual reforzado por muchas pequeñas guarniciones y por el general Maucune contaba otros quince mil hombres, cuya presencia fuera tan útil en la fatal llanura de Vitoria. Estos treinta mil hombres, unidos á los cincuenta y dos ó cincuenta y cuatro mil del monarca, y formando la masa enorme de mas de ochenta mil soldados, pudieran abrumar y repeler á Portugal á los ingleses. ¡Y qué diferencia entonces, no solo para las

cosas de la Península, sino para las de toda Europa! Ejerciendo los ingleses en Alemania tanta influencia sobre las resoluciones de los coaligados, si llegaran á concebir temores por su ejército de España, de seguro facilitarían las negociaciones, hasta satisfacer quizá el mismo orgullo de Napoleón dentro del límite de las concesiones posibles. Pero esta vez, á semejanza de otras muchas, había faltado dirección, y no fuerza, ni bizarría, ni adhesión á los soldados de nuestro ejército de España. El general Foy, separado de José no mas que por la montaña de Salinas, ningun aviso recibió de los que le fueron enviados, y ni siquiera supo la presencia del ejército en Vitoria mas que por la aparición de Maucune detrás del convoy que iba escoltando. Si este movimiento de la division de Maucune se ordenara dos dias antes, se hubiera podido dejar el convoy en lugar seguro, y conducir á Vitoria un refuerzo de diez á doce mil hombres. Por lo que hace al general Clausel, tan luego como tuvo noticia de la marcha de los ingleses y de la retirada de nuestras tropas, juntó sus divisiones á toda prisa, llegó el 20 de junio á Logroño, trató de adquirir nuevas de José por todas partes, y solo halló habitantes fugitivos y silenciosos, hasta el extremo de que nadie pudo ó quiso proporcionarle el mas leve informe. Solo encontró agentes ingleses, que hacían preparar comestibles, y á tenor de muchos vestigios hallados en su marcha, inclinóse á creer que el ejército francés se había trasladado de Miranda á Vitoria. Ya el 24 se determinó á avanzar por Peñacerrada hasta el respaldo de la sierra de Andia, por si lograba alargar la mano á José des de este punto, si bien, recelando con funda-

mento que entre sus tropas y las del monarca se hallaran los ingleses, sin saber donde ni con cuántas fuerzas; aproximóse muy cautamente, no vió á ninguno de los paisanos que le fueron dirigidos, y solo á la caída de la tarde supo que todo el dia se habían estado batiendo los franceses y sin resultado venturoso. Anhelante por saber la verdad de fijo á la mañana siguiente, y por incorporarse á toda costa al ejército francés para darle ayuda, se atrevió á trepar á lo alto de la sierra de Andia y á lanzar una ojeada sobre la llanura de Vitoria. Desde la cima vió nuestro inmenso desastre, y separado de José por los ingleses vencedores, solo hubo de pensar en su salvacion propia. Sin turbarse, volvió á ganar las márgenes del Ebro, lo bajó hasta Logroño, y teniendo siempre entre sus tropas y las de José á los ingleses, que nos perseguían hácia Navarra, adoptó una resolución de las mas hábiles y mas atrevidas que se han concebido en la guerra, engolfándose hácia la ciudad de Zaragoza, adonde le llevaba la razon de salvar á sus soldados, y la no menos poderosa de cubrir las espaldas al mariscal Suchet y de asegurarle su retirada.

Por su parte José y Jourdan, tras de llegar á Pamplona con un ejército horriblemente descontento de sus caudillos, no desmoralizado á pesar de todo, disminuido solamente en cinco ó seis mil hombres, privado de sus cañones mas no de sus tiros, aun se hallaban en aptitud de oponer fuerte resistencia á los ingleses, aparte de la resistencia natural que les iban á presentar los Pirineos. José, aconsejado por Jourdan, despues de dejar una guarnicion en Pamplona, envió el ejército de Andalucía al valle de San Juan de Pie de Puerto, el

del centro al valle del Bastan y el de Portugal al valle del Bidasoa, de manera de cubrir todas las avenidas y de tomarse espacio para rehacer la artillería, y de poner así término á la distribucion en tres ejércitos diferentes, que de nuevo acababa de ocasionar tan funestos embarazos. Mientras se ejecutaba esta providencia, ayudado el general Foy por el general Maucune hizo cara con habilidad y denuedo á los ingleses, que aspiraron á bajar de Salinas á Tolosa, y repeliólos á bastante distancia. Se habia perdido la España, pero todavía no la frontera, y el imperio, invasor tantos años, aun no estaba invadido, por mas que se hallase próximo á estarlo.

Tal fué la campaña de 1813 en España tan tristemente célebre por el desastre de Vitoria, que señalaba nuestros últimos pasos en esta comarca, donde por espacio de seis años habíamos derramado inútilmente nuestra sangre y la de los españoles. Si se quiere pronunciar desapasionadamente el fallo sobre los sucesos de esta campaña, fácil es descubrir las verdaderas causas del revés definitivo que habíamos experimentado. Hay que buscar la primera esta vez como tantas otras en las mismas órdenes de Napoleon, quien, considerando á España únicamente como una parte accesoria de sus inmensas empresas, no destinaba allí las fuerzas necesarias, ó subordinaba el empleo de ellas á cálculos inaplicables á España é incompatibles con el éxito de las operaciones en su territorio. Aunque reducidas allí este año las fuerzas de resultas del llamamiento de gran número de cuadros, despues de la concentracion de los ejércitos de Portugal, de Andalucía y del centro, eran muy bastan-

tes para mantenerse en Castilla, dado que se pudieran juntar ochenta mil hombres contra los ingleses. Pero con la doble idea de conservar las provincias del Norte, que pensaba apropiarse cuando la paz fuera celebrada, y de tener alarmados respecto de Portugal á los ingleses, á fin de apartarlos de toda empresa contra el Mediodía de Francia, sin quererlo, produjo Napoleon de nuevo la dispersion de los tres ejércitos desde Salamanca hasta Pamplona, de modo que despues de recuperar á consecuencia de nuestra concentracion el ascendiente sobre los ingleses, volvíamos á perderlo á causa de la imprudente dispersion de nuestras fuerzas. Esta causa esencial de la jornada de Vitoria no se puede buscar mas que en las órdenes de Paris, dadas por Napoleon á distancia de los lugares, antes de serle conocidos los hechos, y reiteradas por el ministro de la Guerra con una tenacidad sin excusa, cuando los sucesos y las objeciones del mariscal Jourdan habian patentizado su peligro. Despues de esta causa hay otra muy antigua, y siempre fecunda sobre la Peninsula en desgracias, y es la falta de unidad en el mando, que hizo que ninguna de las administraciones quisiera prestar obediencia, y que en el camino seguido por el ejército no hubiera nada preparado, y que, al retroceder para unirse al general Clausel, fuera necesario replegarse con una precipitacion, de la cual provino que la incorporacion se presentara mas dudosa y mas árdua y que se aumentaran considerablemente las pérdidas por el camino. De esta falta de unidad tenia la culpa Napoleon, que siempre negaba á su hermano la autoridad indispensable, José, que no sabia tomarla, y los generales, que no se

prestaban á suplirla con su sumision. Despues de estas causas, la falta de actividad de José y de Jourdan, indolente el uno, fatigado el otro por la edad y la pesadumbre, contribuyó sobremanera al infortunio de la campaña. Mas activos, mas prontos en resolverse, pudieran evacuar á Madrid mucho antes, y unirse con mas anticipacion junto á Valladolid ó junto á Burgos. En la misma Vitoria se perdieron dos dias, dos dias preciosos para la partida del convoy y el despojo del campo de batalla, para la eleccion del terreno donde se podia disputar al enemigo la entrada de la llanura, para la reunion del general Clausel. Segun se ha visto, en esta ocasion crítica se hallaba el mariscal Jourdan enfermo, y José no pensó en reemplazarle. Por último las órdenes de detalle, mal ejecutadas por los generales, completaron la série de faltas y de desventuras, que dieron por fruto la catástrofe final de Vitoria. Y es el caso que, debiéndose Napoleon echar encima la mayor parte de estos resultados funestos, pues con un genio tan profundo, con un conocimiento tan cabal de las cosas, con un poder tan acatado, era mas capaz que otro alguno de prevenirlo y remediarlo todo, culpó á todo el mundo en vez de culparse á sí propio, y de culpar á José y Jourdan mas bien que á nadie.

No habiendo podido seguir los sucesos de España en ninguno de sus pormenores, absorbido como estaba por la guerra de Sajonia que dirigia personalmente, creyendo sobre esta materia cuanto le escribia el ministro Clarke, que, al par que enviaba á José las cartas mas afectuosas, hacia llegar á Dresde las relaciones mas desfavorables, tenia Napoleon un doble motivo de enojo, en los re-

sultados que no podian menos de ser funestos, y en las faltas que sublevaban su gran seso militar por lo evidentes. Los resultados eran la España perdida; la frontera del Mediodía amenazada; el medio mas poderoso de negociar con Inglaterra anulado, puesto que en el actual estado de las cosas ya nada significaba la cesion de España; nuevos sacrificios que habria que añadir á los solicitados por Austria, y de consiguiente la paz mas difícil que nunca, y en fin, una nueva confianza, una nueva exaltacion infundidas á cuantos juzgaban llegada la hora de abrumar á la Francia. Las faltas eran además de las antedichas, y sobre las cuales no cabia la menor duda, todas las que el ministro Clarke achacaba gratuitamente al desdichado José, y al mas desdichado Jourdan, su jefe de estado mayor. Con efecto, el ministro de la Guerra no dijo que las órdenes de Napoleon, enderezadas á destruir á las bandas y á amenazar á Portugal, órdenes reiteradas por las oficinas de París deplorablemente, fueron señaladas por Jourdan como origen inevitable de ruina; que la resistencia de las administraciones de cada ejército al ordenador en jefe, se denunció tambien como otro inconveniente grave que impediria que se hallara preparada cosa alguna al volver á las operaciones. Nada expuso tampoco el ministro sobre ascender á cerca de cien mil los ingleses, y los franceses á cincuenta mil á lo sumo: antes bien presentaba cálculos que apenas hubieran acogido las gacetas peor informadas. No contaba en el ejército de lord Wellington mas que á los ingleses, los regulaba en cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres, prescindia de los portugueses ya casi iguales á los ingle-

ses, y de los españoles, excelentes en las montañas, y contaba al ejército francés, no la fuerza que tenia sobre el campo de batalla, sino la que pudiera tener si las órdenes de París no le hubieran dispersado, y le suponía de ochenta á noventa mil hombres contra cuarenta y cinco mil enemigos. Y es la verdad, que despues del desastre de Vitoria, tuvo valor para escribir á José que debía contar noventa mil soldados para oponer á cuarenta y cinco mil ingleses, y que causaba estrañeza que con tal superioridad de fuerza numérica le hubiesen batido. Este hecho solo basta á dar idea de lo que pasaría al mismo lado de Napoleon, cuando no miraba con sus propios ojos, y dejaba que le informasen ministros cortesanos, no diciéndole mas que lo que halagaba sus oídos.

Se comprende que Napoleon se irritara en grado sumo, al considerar por una parte los resultados, y por otra las faltas verdaderas y las imaginarias imputadas á José y al mariscal Jourdan, que ya le desagradaban sobremanera, y que tenían á su lado un acusador temible en el mariscal Soult á la sazón en Dresde. De un modo sucinto supo los sucesos de España en el instante de partir de la capital de Sajonia, para ejecutar las correrías militares de que hemos hablado. Sucesivamente se enteró en Torgau, en Wittenberg, en Magdeburgo, del por menor de lo ocurrido, siempre por los partes del ministro Clarke. Así su arrebató rayó en el mas alto punto, ofreciéndole una ocasion de desencadenarse contra José y sus hermanos todos. Se le vinieron á la memoria la abdicacion del rey Luis, la defeccion inminente de Murat que se anunciaba ya harto á las claras, el escándalo dado por el rey

Gerónimo al abandonar el año anterior al ejército, y tales recuerdos le acarrearón las palabras mas amargas. Realmente era llegada la hora de echar de ver cuán enorme falta habia cometido al querer derrocar todas las dinastías, á fin de sustituirles la suya. Pero la justicia obliga á reconocer que su ambicion propia, mucho mas que la de sus hermanos, contribuyó á esta política desordenada, y que despues de darles tronos, ó ejércitos que estuvieran bajo su mando, nada omitió para hacer su tarea mas árdua que lo era de suyo. Con efecto, exigió de ellos una abnegacion de los intereses de sus subordinados, un talento de hacerlo todo con nada ó casi con nada, que era inhumano reclamar por su parte, y que debía producir mas de un escándalo de familia, como la abdicacion del rey de Holanda. Con especialidad respecto de José, despues de sacarle de Nápoles, donde desempeñaba una tarea adecuada á su carácter y á su talento, donde hacia venturoso á un pequeño pueblo y lo era él asimismo, trasladóle Napoleon á España casi sin consultarle, y le lanzó á una guerra espantosa; tras de ayudarle un instante con todas sus fuerzas, en medio de las atenciones de la guerra de Austria en 1809, de la de Rusia en 1812, le dejó sin socorros, sin dinero, expuesto al odio de sus súbditos, á la desobediencia y aun á veces á la arrogancia de sus generales, no quiso dar oídos á ninguno de sus pareceres, casi todos justificados por los sucesos, y por toda respuesta no cesó de hacer burla de sus pretensiones militares y de sus costumbres, burla que de la corte francesa resonó en la corte española, y contribuyó no poco al descrédito de la nueva dinastía. Y sin embargo, Na-

napoleon amaba á su familia, pero echado á perder por una autoridad sin freno, no hacia mas caso de los derechos de sus hermanos que de los de las naciones, y disponia de unos y de otras como de instrumentos inanimados, hasta el momento en que debia encontrar rebeladas á las naciones y casi en estado de defeccion á sus hermanos.

A José le trató de una manera extremadamente rigorosa.—Harto tiempo he comprometido por imbéciles mis negocios, escribió al archicanciller Cambacères, al ministro de la Guerra y al ministro de Policia, y despues de este preámbulo dió respecto de José las órdenes mas severas y mas humillantes. Ante todo para reemplazarlo en España hizo la eleccion que le podia ser de mayor desagrado, la de Soult, que á la sazón se hallaba en Dresde. Napoleon confirió á este mariscal el título de su lugarteniente en España, con poderes extraordinarios; le ordenó que partiera sin tardanza, que no se detuviera en París mas de doce horas, que solo viera allí al archicanciller Cambacères y al ministro de la Guerra, y que marchara de seguida á Bayona para juntar allí el ejército y resistir á los ingleses. Nada mas natural hasta ahora. Pero intimó á José que dejara la España al punto, que no se presentara en París de ningun modo, que se retirara á Morfontaine, que se encerrara en este retiro, y no recibiera á persona alguna; encargando al príncipe Cambacères que prohibiera á todos los altos funcionarios ir á visitarle, como si de su parte se pudieran temer estos movimientos generosos; y á tales intimaciones añadió la de que se le aprisionara, si sus órdenes eran infringidas. Desconfiado respecto de los hombres, desde que tuvo

que serlo respecto de la fortuna, por donde quiera veia tramas próximas á urdirse contra la regencia de su esposa y contra la autoridad de su hijo. Por estas causas no quiso dejar en París al mariscal Soult y ni al duque de Otranto, y bajo diferentes pretextos los tenia sin empleo en la capital de Sajonia. José descontento en París y rodeado de descontentos, disputó quizá alguna vez la regencia á María Luisa, tales fueron las siniestras imágenes que cruzaron por su mente irritada, y le dictaron la orden inútil de prender á su propio hermano. Ciertamente, si José fuera capaz de estos negros proyectos, comenzara por desobedecer en España, y de este modo le fuera mas útil segun todas las probabilidades que obedeciendo servilmente órdenes dadas desde muy lejos y bajo el imperio de fatales distracciones. A menudo el simple buen sentido á la vista de los lugares, y aplicado de una manera exclusiva á su objeto, vale mas que el genio ausente y distraido por empresas exorbitantes.

Si los acontecimientos de España, que iban á hacer á los enemigos de Napoleon mas exigentes, le trasformaran en mas conciliador y razonable, se pudiera decir que de una enorme desdicha emanaba una gran ventura, però no fué así de ningun modo. Despues de visitar á Torgau, á Wittenberg, á Magdeburgo, despues de pasar revista á los cuerpos de tropas cuya inspeccion se propuso, y de ordenar las obras que habia proyectado junto al Elba, regresó Napoleon á Dresde, para continuar el juego terrible de perder tiempo, y de llegar al término del armisticio sin explicarse acerca de las condiciones de la paz, y de alcanzar de esta suerte

una nueva suspension de armas, fingiendo negociar formalmente á última hora. Prusia y Rusia habian elegido sus plenipotenciarios y los enviaron á Praga, adonde llegaron el 11 de julio, y por consiguiente un dia antes del término señalado para la reunion del congreso. Ninguna de estas dos potencias hizo las elecciones brillantes que se esperaron al principio. Creyóse que Prusia designaria al canceller Hardenberg y Rusia á Mr. de Nesselrode; pero, por sugestion de Inglaterra, evitaron una y otra dar demasiado brillo á este congreso, y quisieron aparecer llevadas allí y dirigidas por el Austria, no haciendo figurar ningun personaje que igualara á Mr. de Metternich. Prusia eligió á Mr. de Humboldt, nombre ilustre ya en la ciencia, si bien escasamente conocido aun en la politica, siendo este plenipotenciario de Prusia hermano del sabio que es una de las glorias del siglo. Rusia eligió á Mr. de Anstett, alsaciano y francés por consiguiente, individuo de una familia de emigrados, hombre de algun talento, de consideracion no grande, y de sentimientos muy hostiles á Francia. Aun cuando esta última eleccion se resintiese de harto desagradable, como en el fondo la intencion era dejar que Mr. de Metternich lo hiciese todo, solo habia que atender á éste, sin hacer caso de los colaboradores que le fueron agregados. Apenas llegados á Praga estos dos negociadores comunicaron al mediador sus poderes, y se lamentaron del poco miramiento que se les tenia al hacerles estar en espera, y hasta sin anunciar el dia de la llegada de los plenipotenciarios franceses. Aun no se habia dicho nada el 15 de julio, y Mr. de Narbonne, vuelto como embajador á Praga, designado

además como uno de los que debian ser plenipotenciarios, no sabia qué lenguaje usar, ni qué actitud tener, á causa de no recibir poderes ni instrucciones. A todas las manifestaciones de Mr. de Metternich, transmitidas á Dresde, respondió monsieur de Basano que la culpa era del gabinete austriaco, pues habia dejado partir á Napoleon hacia Magdeburgo sin comunicar oficialmente la ratificacion del nuevo convenio sobre la próroga del armisticio hasta el 16 de agosto. A este cargo replicó Mr. de Metternich que, habiendo dado á conocer la ratificacion aquella oficiosamente, bien se pudo nombrar los plenipotenciarios, mientras la comunicacion oficial llegaba, y hacerlos poner en camino, con lo cual se cumplieran al menos los deberes de cortesía á que los grandes Estados se hallan obligados unos respecto de otros, lo mismo que los individuos. Mr. de Basano lo volvió á cargar todo sobre Mr. de Metternich, prescindiendo absolutamente de su respuesta.

De vuelta estuvo Napoleon en Dresde el 15 de julio, tras un viage de cinco dias, y habiendo recibido al fin la ratificacion del nuevo convenio por Austria, Prusia y Rusia, no podia dilatar el nombramiento de sus plenipotenciarios. Así encargó á Mrs. de Narbonne y de Caulaincourt que le representaran en el congreso de Praga. Imposible era elegir hombres mas sensatos, de mas luces, ni animados por sentimientos mas nobles. Al nombrar á Mr. de Caulaincourt alimentaba siempre Napoleon la secreta esperanza de una avenencia directa con Rusia, y de un tratado de paz, que sacrificando á Alemania en provecho de los dos grandes imperios de Oriente y de Occidente, satisficiera á la vez

á Rusia y á Francia, triste paz, acaso conveniente al amor propio de Napoleon, si bien de ningun modo á los verdaderos intereses de su imperio. Aun cuando esto fuera poco probable, á juzgar solo por la eleccion de Mr. de Ansttet para representar á Rusia, Napoleon no desesperaba del todo, y para este caso único deseaba negociar formalmente. Mr. de Caulaincourt, objeto de tales ilusiones, no participaba de ellas. Este excelente ciudadano, de talento profundamente juicioso, tenia la rara virtud de exponerse por decir la verdad á caer en desagrado, gustándole agrandar sobremanera, y siendo de esta suerte el modelo nada comun del cortesano honrado, para quien nada son los favores de córte, ni aun los mas apetecidos, cuando se trata de ahorrar al principe una falta, y al pais una desventura. Por esto dijo á Napoleon que no era de esperar una especie de paz astuta, emanada de la defeccion de unos respecto de otros, en el estado de fuerte cohesion á que habian llegado los diversos gabinetes; que Rusia no se dejaria separar de Austria; que de nada serviria el favor de que habia gozado personalmente cerca del emperador Alejandro; que las concesiones solicitadas por el Austria ofrecian el único medio de llegar á una paz honrosa; que esta paz era indispensable; que suplicaba que no se le enviase á Praga con las manos atadas, para experimentar alli el dolor de ver pasar esterilmente por delante la ocasion de servir y salvar á su patria. Hasta llegó á declarar que sin una latitud suficiente no aceptaria la mision para que estaba destinado. Napoleon, que necesitaba del nombre de Mr. de Caulaincourt para encubrir con el respecto que infundia el tal nombre una negocia-

cion simulada, le prometió poderes amplos, y contando el negociador ilustre con esta promesa, se sometió á la voluntad de su soberano.

Estas dos elecciones, aprobadas universalmente, produjeron en Praga una impresion que atenuaba hasta cierto punto el mal efecto de nuestras eternas moratorias. Aun cuando ya fuera el 16 de julio, y no quedaran mas que treinta dias para los tratos, aun se podia salvar todo, cuando un fatal incidente vino á suministrar á Napoleon el pretexto especioso que buscaba para perder todavia mas tiempo. En Neumarckt habia representantes de las diversas partes beligerantes, reunidos en comision permanente, para el arreglo cotidiano de lo tocante á la ejecucion del armisticio. Cuando el comisionado francés les comunicó el último convenio que lo prorogaba hasta el 10 de agosto, con un plazo de seis dias entre la denuncia del armisticio y la renovacion de las hostilidades, lo cual lijaba para el 17 la desgraciada continuacion de esta guerra, se hicieron de nuevas los comisionados ruso y prusiano y aparecieron como sorprendidos de lo que se establecia. Despues de consultar al cuartel general de los aliados, recibieron del comandante en jefe Barclai de Tolly la confirmacion del convenio, al par que la declaracion de que las hostilidades volverian á empezar el 10 y no el 17 de agosto. Seméjante declaracion era tan extraña como imprevista. Segun el verdadero sentido del convenio, no se podia denunciar el armisticio antes del 10 de agosto, si efectivamente se denunciaba este dia, aun debia transcurrir á tenor del primer convenio y de todas las reglas un plazo cualquiera entre el aviso de la vuelta á las hostilidades

y su ruptura. Este plazo, de seis dias en el primer convenio, debía subsistir de derecho para el segundo. La costumbre, la intencion de los primeros contratantes, el texto, todo concurría á hacer esta interpretacion incontestable. Pero veáse lo que produjo el engaño, que iba á suministrar á Napoleon tan funestos subterfugios. Los soberanos de Rusia y de Prusia se hallaban rodeados de espíritus fogosos hasta el extremo de costarles mucho que se acomodasen al primer armisticio, aunque les fuera muy necesario. No pudieron negar á las instancias de Mr. de Metternich el segundo: no obstante, al consentir en que se llevara á efecto, apenas se atrevían á confesarlo, y al partir el emperador Alejandro para Trachenberg, donde se debía celebrar una conferencia entre los gefes de la coalicion, dijo al general Barclai de Tolly en globo que habia consentido en una próroga del armisticio hasta el 40 de agosto, pero que no concederia un dia mas siquiera. Al expresarse de este modo y generalmente, no se refirió mas que al término principal el emperador Alejandro, sin pensamiento de excluir el de seis dias, fijado de derecho entre el anuncio y la ruptura de las hostilidades. Pero, llevando Barclai de Tolly hasta el exceso la exactitud y la observancia de las formas, no cedió á manifestacion ninguna, y declaró que no queria tomar sobre si la solucion de esta dificultad sin dar cuenta al emperador Alejandro.

Al llegar á oidos de Napoleon esta singular disputa, sintió disgusto por de pronto, dudando si realmente seria seria, y si se trataria de quitarle estos siete dias en que tenia tanto empeño, pues con la actividad que estaba desplegando, cada hora

transcurrida le producía resultados de trascendencia. Pero, reflexionando y haciendo memoria de sus debates con Mr. de Metternich y de los cálculos de tiempo que formaron juntos, no pudo conservar la mas leve duda sobre la interpretacion del segundo convenio, y lejos de inquietarse del incidente, determinó aprovecharlo y sacar de aqui un nuevo pretexto, plausible á todas luces, para perder aun algunos dias. Al punto hizo que Mr. de Narbonne declarara en Praga que, habiéndose suscitado en Neumarekt un extraño incidente, disputándose acerca de la inteligencia del convenio, por cuya virtud se iban á reunir y á entrar en tratos, no era propio de su decoro ni de su seguridad negociar con gentes que así entendian sus compromisos, y que antes de mandar partir á Mr. de Caulaincourt queria una explicacion categórica sobre lo que el general Barclai de Tolly habia dicho recientemente. Estando ya en Praga Mr. de Narbonne, uno de los plenipotenciarios franceses, se hallaban satisfechos á sus ojos los deberes de la cortesía, y podía muy bien el segundo plenipotenciario francés no partir hasta lograr la explicacion pedida, y de modo que fuera plenamente satisfactoria.

Quando un despacho partido el 17 de julio de Dresde dió á conocer esta nueva dificultad el 18 en Praga, experimentóse allí una impresion naturalísima y muy viva. Los dos plenipotenciarios ruso y prusiano aparentaron estar irritados y aun ofendidos, mucho mas de lo que estaban de veras. Pero Mr. de Metternich mostrose consternado, y el emperador Francisco hondamente herido. Uno y otro deseaban la paz, tal como la hemos definido, aunque el emperador creyese en ella menos que el mi-